

Hopes and Ropes II

# La rebeldía de Sísifo

ADRIANA DÍAZ BAREA

© 2021 Adriana Díaz Barea

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia, difusión o apropiación de autoría de todo o parte de este texto.

## Muestra de texto

© 2021 Adriana Díaz Barea

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia, difusión o apropiación de autoría de todo o parte de este texto.

## Nota introductoria

A veces, la vida es una mierda. Que no lo digo yo, Celia Ordis. Lo dice Albert Camus en su ensayo titulado *El mito de Sísifo*, aunque no emplee las mismas palabras para referirse a este concepto. Según Camus, la vida es absurda. Punto. Estamos aquí porque sí, dejemos de buscarle el sentido a la existencia, porque no lo tiene. ¿O acaso — se plantea el filósofo — tiene sentido despertarnos todos los días para subirnos a un taxi, planchar las mismas prendas en la tintorería, limpiar los mismos váteres...?

¡Qué va!

La rutina cíclica es fútil y vacua en sí misma y la vida, en consecuencia, carece de sentido. O tiene el que nosotros le queramos dar. Mis padres suscriben esta aseveración. Dicen: Te levantas cada mañana, Celia, para conseguir lo que te propones. Lo cual implica necesariamente que son las perspectivas de nuestras ilusiones aquello que dota de sentido a la vida de cada uno. Algo con lo que concuerdo. El problema llega cuando, por imposibilidad material — contratos basura, sueldos bajos, alquileres desorbitados o, directamente, desempleo — el sistema nos arrebató la opción de hacer planes a largo plazo (independizarnos, formar una familia, comprarnos un piso, viajar, trabajar en el Louvre...) y dinamita

todas nuestras ilusiones. De pronto, la tesis de Camus se hace carne; La vida pierde todo su sentido, se vuelve absurda. Y eso es una mierda, se mire por donde se mire. Pienso en todo eso mientras limpio las últimas mesas del sushi bar de la esquina de casa de mi tía, en donde trabajo en el turno de noche de lunes a sábado porque haber estudiado Historia del Arte, por mucho doctorado en Sorolla que una tenga, sólo da para un trabajo de fin de semana en el MACBA, y eso no es suficiente para (sobre) vivir.

Al menos tienes a Max, me recuerda Eva. Max es su sobrino y mi rollete, pero dista de ser el amor de mi vida. Tampoco yo soy el suyo. Los dos lo sabemos, pero fingimos ignorarlo porque de tanto en tanto lo pasamos bien y compensa. Lo cual valida la tesis de mi amiga y vecina que afirma que un par de polvos bien echados al mes suavizan las consecuencias de cualquier crisis vital. Para ella, la vida se mide en eso: en la cantidad de polvos bien echados y el número de obras que componen la filmografía de Woody Allen. O, por oposición, la vida no vale un pimiento si no puedes ver una peli de Woody Allen después de un orgasmo. Está claro que Eva basa su filosofía vital en el hedonismo. O sea, en el placer físico y mental. Su leitmotiv es la libre adaptación de la cita latina de las Sátiras de Juvenal: *Mens sana in corpore sano*. Pero no por ese orden.

Para Alberto Rojo, en cambio, la vida es una pantomima que no hay que tomarse muy en serio. Al cabo, ella raras veces nos trata con la misma deferencia. ¿Cuántas veces planeamos las cosas y luego éstas vienen del revés?, se pregunta él. Según el detective de Hopes and Ropes, practicante de la indiferencia y la filosofía de manos en los bolsillos, la vida no suele presentarse según la imaginamos, y no esperar gran cosa de ella la hace mucho más soportable. A veces, incluso, hasta excitante. Su ataraxia — esa indiferencia que le caracteriza cuando se guarda las manos en los bolsillos y contempla el mundo parecido a como una cámara estática grabaría el frenesí de Nueva York un lunes a las ocho de la mañana — es especialmente útil para soportar malas rachas. ¡*Aguanta y resiste!* es el leitmotiv de los estoicos abanderados por Séneca que el detective ha acuñado.

Yo, por mi parte, pienso que a veces la vida es una mierda, y lo seguiré sosteniendo hasta que el estatus quo cambie, en este caso Dios mediante porque, salvo milagro,

estoy convencida de que una paloma de Plaza Cataluña vive una vida más plena que Celia Ordís, especialmente cuando vivir, hoy, es como empeñarse en escribir la carta a los reyes magos mediante un bolígrafo sin tinta. De nada sirve desear. ¡Pero hay tanto que quiero...!

La incertidumbre se ha convertido en un *modus vivendi*, o *super vivendi*, que la ociosidad del sistema ha impuesto a las personas (jóvenes) como yo. No tengo más remedio que vivir como una hedonista senequiana, esto es, disfrutando al máximo de lo que me llega sin esperar nada más, y quizás esa es la razón fundamental que me ha empujado a aceptar la propuesta de Alberto Rojo de participar de las actividades de Hopes and Ropes una vez más. Esa extraña emoción, ese suspense que envuelve cada una de sus aventurillas — detesto emplear el término watsoniano, pero qué remedio — es lo que confiere algo de sentido a mi destartalada vida. Eso, y la música de Paolo Nutini.

Resumiendo: es posible que nunca encuentre el amor, que no tenga hijos o que jamás consiga trabajar en el Louvre. Pero cuento con Alberto Rojo, la agencia Hopes and Ropes y los sencillos de Nutini, y con ellos la vida, a veces, se parece un poquito menos a una mierda.

## Pensar rápido, pensar despacio

Una vez dije que la vida me cambió con una llamada y lo sostengo. Desde aquella primera vez que Alberto Rojo contactara conmigo para valorar aquel Sorolla, y de esto ya hace unos meses, confieso que a veces me sorprende echando mano del teléfono en busca de algún mensaje del detective. Si estoy distraída en casa, mientras Max lee *Pensar rápido, pensar despacio*, del nobel en economía Daniel Kahneman, y yo finjo que hago lo mismo con un libro de Perry Mason (sitúo el móvil entre las páginas del libro) o si estoy en una cafetería aguantando el palique de Eva un sábado por la tarde, mis ojos se enredan en el dispositivo y de forma casi automática surfean sobre los mensajes hasta llegar al último mensaje que recibí del detective de Hopes and Ropes, un escueto “*Feliz año, Celia*” en respuesta a uno mucho más largo que le envié yo unos cuantos días antes tras una visita a una exposición de arte sobre Sorolla. El texto lo medité concienzudamente; incluso, redacté una primera versión en un borrador del correo electrónico para darle la

forma adecuada antes de transcribirlo en el procesador de texto del móvil y enviarlo con los mismos nervios tontos que gasté cuando le propuse a Max quedar para ir al cine a ver *El señor de los Anillos* (y así hacer algo más, o distinto, a lo que hacíamos) alegando que lo reponían en HD y Dolby Atmos y me constaba que a los dos nos gustaba mucho la escena de “¡No puedes pasar!” de Gandalf.

“¡Alberto! ¿Qué tal? Soy Celia. Esta tarde he estado en una exposición de Sorolla y me he acordado de ti. A ver si antes de que acabe el año quedamos para tomar un café (bueno, tú un cola cao) y nos ponemos al día. Dale recuerdos a Encarni y un beso, que sé que no le gustan. Otro para ti. Celia.”

Incluí unos cuantos emoticonos, que distribuí estratégicamente a lo largo del texto, y cuando lo hube leído doscientas veces y lo hube borrado y reescrito cien más, pulsé la tecla de enviar. Luego bloqueé el teléfono y permanecí unas horas sin abrir el Whatsapp temiendo (absurdamente) haber recibido una respuesta. ¿Qué me diría?, me pregunté. Seguro que no emplearía ningún emoticono ni alargaría ninguna vocal para denotar la informalidad de la conversación. A sus cincuenta y pico años que seguro tendría, el detective diría algo así como:

“Hola Celia. Estoy bien, gracias. Espero que tú también. Estoy un poco liado actualmente, pero en cuanto tenga un hueco nos tomamos algo. Alberto.”

Pero a la postre eso no sucedió. No recibí contestación hasta algunos días más tarde, mientras cenaba en casa de mis padres con mis hermanas, Ana y Serena, mis cuñados y mis sobrinos. Fue ese seco “*Feliz año, Celia*” que ya he mencionado. Muy en su línea, debo decir. Alberto Rojo es un tipo flemático que observa el mundo con indolencia, como si se sucediera ajeno a él. Tiene, además, un aire de arrogancia calculada que le permite guardarse las manos en los bolsillos y otear fijamente el panorama como máxima autoridad de lo anodino para, acto seguido, darse la vuelta y marcharse (sigue con las manos en los bolsillos) como si aquello a lo que le vuelve la espalda no mereciera ni un segundo más de su atención.

Cuando le conocí, no pude evitar buscarle un homólogo ficticio en las páginas de los clásicos. Ese Sherlock Holmes alérgico a la compañía femenina, al placer de los

sentidos; ese Poirot refinado que lleva el traje — y el bigote — impolutos; o ese James Bond adicto a las relaciones episódicas y, apurando, casi de su vida. Villano nuevo, ligue nuevo. *And so on*. Me consta que el dueño de Hopes and Ropes siente enormes simpatías por el espía británico. Pero poco se le parece. Poco se parece, en realidad, a ninguno de ellos. Divorciado, poco inclinado a afeitarse y hombre de una sola mujer — su exmujer, según Encarni — por muy atraído que pueda sospecharse ante cualquier otra, Alberto Rojo goza de identidad propia y añade un epígrafe nuevo a la enciclopedia de los detectives del imaginario de Celia Ordis. Quizás, pero solo quizás, a quién Alberto Rojo pueda recordarme es a ese Humphrey Bogart que se resigna a ver marchar a Ilsa Lund del brazo de Víctor Lazlo en el aeródromo de Casablanca, cigarrillo en mano, antes de echar a andar en dirección opuesta con fingida indiferencia y rematar el mejor final de película que ha dado el cine en su siglo de historia con esa gloriosa frase para enmarcar: Louis, creo que este es el inicio de una bonita amistad.

Pero igual eso es presumir demasiado. Supongo que lo mejor es afirmar que Alberto Rojo es Alberto Rojo, o como él suele referirse a sí mismo: “Yo soy Alberto. Y punto”, y dejar que sean otros quienes juzguen si la realidad imita la ficción o la supera. Así que, retomando el hilo principal de esta historia, no me extrañó en absoluto que el detective me contestara con días de diferencia y de la forma tan lacónica en que lo hizo. Al cabo, iba en su carácter. Eso no impidió, por otra parte, que su acusada austeridad en el verbo me pusiera de extremo mal humor. Me daba rabia admitir, tal y como me sugería Eva con sus reproches constantes cuando me pillaba echando mano del teléfono en busca de un mensaje del detective, que para Alberto Rojo la aventurilla del Sorolla — mecachis, otra vez el término watsoniano — no había significado nada especial, o no lo mismo que a mí, y que, en el fondo, ese mensaje que tanto esperaba encontrar en la bandeja de entrada era tan solo una proyección de un deseo propio.

—Estás frustrada, Sisi — juzgó Eva al notar que no le prestaba atención —. Y estás deseando que Alberto Rojo venga a rescatarte.

—No seas absurda, Eva — dije.



Pero tenía razón. Eva suele tener razón en todo. Esperaba un mensaje de Alberto Rojo como un adolescente las vacaciones de verano, y al no recibirlo me molesté. Mi cabreo con el detective de Hopes and Ropes duró tres meses y pico. Concretamente, hasta que una noche de finales del mes de marzo, justo al acostarme, eché mano del móvil para conectar la alarma y lo vi: un mensaje compuesto de cinco palabras huérfanas de circunloquios absurdos (y de circunloquios de lo absurdo) que iban directas al meollo de la cuestión. “¿Sigue en pie el café?”, decía el mensaje. Ante lo cual reaccioné alzando las cejas con evidente estupefacción y negando con la cabeza de seguido. A buenas horas mangas verdes.

—¿Es él?

Max, que estaba tumbado a mi lado, interpretó de inmediato la circunstancia.

—Sí— contesté.

—¿Y qué quiere?

—Que nos tomemos un café — le tendí el móvil para que pudiera comprobarlo por sí mismo.

—Este quiere algo de ti — comentó con recelo mientras me devolvía el dispositivo

—. Y no precisamente tomar un café.

—Qué va a querer. Charlar conmigo. Hace mil que no nos vemos.

—No sois amigos, Celia.

Max fue franco con intencionalidad. Quiso herirme con el comentario, hacer que me lo pensara.

—Claro que sí.

Max me echó una larga mirada.

—Yo sólo digo que te acuerdes de cómo acabaste el año pasado — hizo un gesto para representar un arma de fuego y con sus dedos me apuntó en la frente.

—Eso no va a pasar, Max.

Max me acarició el labio. En la esquina superior derecha, si uno se fija bien y cuenta con la fortuna de que ese día no me haya puesto el corrector, podrá apreciar que una pequeña cicatriz se hunde en la carne como un socavón en una carretera asfaltada. Ese es el estrago más visible que causaron en mí los dos meses que me “emplearon” (Alberto Rojo, antisistema practicante, paga en B) en Hopes and

Ropes durante el caso del Sorolla. Siempre que me miro al espejo me acuerdo del actor que acompaña a Julia Roberts en la película *La boda de mi mejor amigo*, ese que cuenta con una icónica cicatriz en el labio, y pienso que esa marca es un atributo que acepto con gusto si así despierto algo de interés en los demás. No es fácil ser mediocre e invisible, y si eso contribuye a pasar un poco menos desapercibida en un mundo en el que la agradabilidad se mide por cientos o miles de seguidores en Instagram, entonces que sea bienvenida. Porque por más puntos que me dieron y por más que me oculté del sol, nada evitó que la herida se cerrara del modo en que lo hizo. La reacción de mi madre al verme tras el fin del caso fue la de llevarse las manos a la cabeza y prohibirme, por deformación profesional, que me volviera a juntar con el detective de Hopes and Ropes. Claro que sí, mami. Mi padre, por contra, hizo algo parecido a lo que justo acababa de hacer Max. Al verme me cogió la barbilla y me observó con detenimiento en busca de algo más, algo que no se viera pero que estuviera ahí. Algo que hubiera que extirpar antes de que se complicara y me complicara la vida. Luego me dijo que hiciera el favor de ponerme en serio con la vida. Lo cual me sentó fatal. Menuda manera de comenzar el año. Nadie parecía sentir la más mínima simpatía por Alberto Rojo. Ni mis padres ni Max. Cada uno a su manera trataba de disuadirme, de convencerme de que olvidara lo ocurrido con el Sorolla y siguiera con mi vida. Pero ¿qué vida?

—Oye, no te pongas así porque ya me quedó muy claro cuando hablamos en su momento de esto que aquí cada uno va por su cuenta.

Max gruñó.

—Haz lo que te rote. O, como diría ese al que tanto idolatras: haz lo que te salga de las bragas.

Me fijé en que Max evitó pronunciar el nombre de Alberto Rojo con deliberación. Como si haciéndolo tuviera el poder de convocatoria y el detective pudiera aparecerse sentado al borde de la cama.

—¡Genial! — contesté de malhumor.

No pude evitar enfadarme con Max. Su intromisión sobrepasaba los límites que habíamos impuesto para seguir adelante con lo que Eva nos había propuesto hacer al presentarnos. Cada uno hacía lo que le daba la gana o lo que buenamente podía

con su vida y se limitaba a contemplar los aciertos y errores del otro como el espectador de una película de terror que asiste a la bajada al almacén maldito de uno de los protagonistas aun cuando se sabe con certeza de que abajo está el diablo y que hacerlo significa el fin. De nada sirve gritar: ¡No bajas, imbécil, que ahí está el loco del hacha!”. El personaje no te oye y acaba como acaba.

—¿Quieres que me quede o...?

Max notó que me había torcido.

—Haz lo que te salga de las bragas — le espeté.

—Vale.

Max se sentó en el borde de la cama y se puso la camisa. Luego se dirigió a la puerta del dormitorio y desde allí me lanzó una mirada obtusa antes de marcharse. Pero no tenía ningún derecho. En eso habíamos quedado. Ni Max ni yo teníamos permiso para opinar, mucho menos participar, de las decisiones del otro, y por eso mi chico Bond en esta serie optó por largarse cuando recibí el mensaje de Alberto Rojo y pudo leer en el centelleo de mis ojos que una nueva aventura (lo siento, pero ya me rindo al término) estaba a punto de comenzar.

**Continuará...**